



¿Adiós al campesinado?

Democracia y formación política de las clases en el México rural*

RESEÑADO POR FRANCISCO JAVIER GÓMEZ CARPINTEIRO**

La publicación en español del libro de Gerardo Otero, originalmente publicado en inglés, es doblemente importante. Por un lado, coloca otra vez en el centro de la discusión el futuro del campesinado y su inserción en la contradictoria era global neoliberal. Por otro, este libro agrega una perspectiva diferente a las múltiples visiones que particularmente la antropología ha tenido para definir al campo mexicano (Hewitt de Alcántara, 1988 [1984]). Por consiguiente, el objetivo general del trabajo es un desafío de las mismas magnitudes: entender la constitución de procesos de desigualdad en el agro dentro del contexto de la complicada transición democrática y bajo conceptos clave cuya interrelación es en apariencia difícil.

Otero plantea ir más allá del debate de la cuestión agraria en México. Si ese debate surgió en Europa mediante las interpretaciones opuestas entre sí de Marx y Chayanov (el primero anticipando la desaparición del campesino en el capitalismo y el segundo su sobrevivencia), el caso mexicano recreó esa polémica durante los setenta y ochenta con dos posturas encon-

tradas: la proletarista y la campesinista. La diferencia entre ambas estribaba en que los proletaristas planteaban la disolución de la vida campesina, en tanto que los otros indicaban que podrían articularse plenamente a las relaciones capitalistas bajo innovadoras lógicas y estrategias. Según el autor, los planteamientos de ambos incurrieron en un determinismo teórico. Las acciones e ideas estaban ancladas en situaciones estructurales que condicionaban objetos de lucha –mejores salarios y condiciones de trabajo, búsqueda de tierra–, y en consecuencia definían la constitución de la clase en términos económicos.

Uno de los argumentos aquí planteados es que el estudio de la constitución de la clase no debe sólo partir de la ubicación de los actores en las relaciones de producción (posición estructural), sino además relacionarse con la dimensión de la cultura regional, la intervención del Estado y los diferentes tipos de liderazgo. Este razonamiento da pie a lo que él llama teoría de la formación política de las clases, una noción que le permite ubicar y

trazar distintas trayectorias de clase basadas en variadas demandas políticas y culturales.

El libro se compone de ocho capítulos. En los dos primeros, Otero construye su teoría político-cultural sobre la formación de las clases. Recurre a perspectivas más atentas en destacar las políticas de las identidades y sus diferentes expresiones en el terreno de la sociedad civil, tales como la teoría de los nuevos movimientos sociales (en especial las aportaciones de Ernesto Laclau) y el enfoque sociológico norteamericano sobre la estructura de las oportunidades políticas. No obstante, el autor toma distancia de la primera al considerar las identidades asociadas a los procesos estructurales de clase y a las relaciones de producción y reproducción social; mientras que critica la perspectiva sociológica por presentar únicamente una visión “desde arriba” de las maneras de hacer política entre los grupos subordinados.

Para Otero, la clase es una dimensión material que se constituye políticamente, pero para que esto ocurra, mediarán las culturas regionales, el Estado y los liderazgos. En buena medida, tales mediaciones constituirán respectivamente las demandas y los objetos de lucha, el carácter de las organizaciones de clase y la independencia que logren con respecto al Estado y las élites, así como la autonomía que consigan en relación con otras organizaciones y fuerzas políticas.

Esta noción de clase persigue una síntesis con la cultura. Otero recurre a una definición antropológica basada en el concepto que Clifford Geertz maneja de significados culturales, y el símil que Julian Steward hace de cultura como

* Gerardo Otero, *¿Adiós al campesinado? Democracia y formación política de las clases en el México rural*, Universidad Autónoma de Zacatecas/Simon Fraser University/Miguel Ángel Porrúa, México, 2004.

** Profesor investigador del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

“estilo de vida”, incluyendo los aspectos de la organización social. Además, Otero complementa esta definición con las ideas que tiene Margaret Archer de conceder una relativa autonomía a la cultura, que obliga a no ver a ésta como un epifenómeno de la realidad material sino en construcción mutua con otras dimensiones sociales. El autor ocupa así la noción de cultura regional como un elemento central para observar la constitución política de la clase; con ella reconoce los significados más importantes que organizan y norman la vida social y, por ende, los términos en los que las personas conforman sus motivaciones, establecen y cambian compromisos, y reorganizan su experiencia social en contextos históricos particulares.

Por otra parte, Otero utiliza una noción de Estado ni demasiado abstracta ni demasiado fetichizada. El Estado es visto a través de un conjunto de acciones y procesos ligado a programas, reformas concretas y de un marco de específicas coyunturas históricas. De este modo, es posible apreciar las posibilidades que el Estado abre o cierra en distintos momentos para la lucha o la creación de organizaciones autogestionarias y democráticas. Con este planteamiento favorece sin duda un enfoque que mira al Estado menos como un ente autoritario y central, donde los movimientos democráticos o clientelares tienen que ser entendidos regionalmente en un marco complejo de relaciones sociales. Dentro de estas relaciones sociales, ubica el papel de los liderazgos. Apoyándose en tres tipos ideales (carismático-autoritario-clientelar, corrupto-oportunista y democrático), mira a los líderes como piezas centrales en la naturaleza de los movimientos campesinos en cuanto a los grados de autonomía que logran frente a otros actores, fuerzas e instituciones.

La articulación de las nociones de clase, cultura, Estado y liderazgos no resulta fácil en la creación de un marco analítico. Cuando la clase parece ser en estos momentos un concepto anacrónico para el análisis social y los estados-nación considerados como débiles referentes para entender formas en que se construyen sociabilidades e identidades colectivas, los planteamientos aquí expuestos son desafiantes. Pero tal vez su mayor reto consista en vincular clase y cultura, sin recrear la fórmula marxista de la base que determina la superestructura, donde las ideologías son concebidas como la falsa reproducción de la sociedad. Así, el autor libra esa dicotomía y presenta una propuesta teórica convincente. Ocupa en su favor la obra de Antonio Gramsci para reconstruir la compleja historia de los grupos subalternos. Aunque no emplea de manera explícita la noción de hegemonía –que ayudaría a entender los marcos de acción creados por el Estado, el papel de las élites y los liderazgos, y la creación de alianzas en la conformación de un bloque histórico–, siempre está recurriendo implícita y explícitamente a ideas gramscianas sobre la constitución de la clase y sus luchas en el marco del fortalecimiento de la sociedad civil.

Los siguientes capítulos contribuyen de forma notable al entendimiento de la crisis de la agricultura mexicana y su vinculación con el pasado y el presente. En el capítulo tres, el ejido es colocado en relación con la construcción del régimen posrevolucionario. Aquí, el autor desarrolla un análisis histórico de los alcances de una reforma agraria con orientación campesina, básicamente en el cardenismo, y los cambios ideológicos y sociopolíticos que afectaron esta perspectiva en apoyo de una agricultura burguesa. Se discute además el franco deterioro

que alcanzó la economía agrícola mexicana al inicio de los setenta y las políticas populistas y vacilantes del presidente Luis Echeverría para reactivar el sector y centralizar el control de los ejidos y los movimientos campesinos. Al final, todo esto es presentado como trasfondo para entender la naturaleza de los cambios actuales del Estado y la dirección de las reformas neoliberales en el campo.

En el capítulo cuatro, encontramos la reconstrucción de la crisis de la agricultura desde 1940 hasta la década de los noventa. Se observan los agudos procesos de diferenciación social en el campo mexicano a partir de la revisión crítica de una serie de investigaciones basadas en datos estadísticos. El autor indica que se gestó una crisis doble que envolvió el deterioro tanto de la agricultura campesina como el de la burguesa. Al revisar la aplicación de las políticas neoliberales, Otero observa procesos de diferenciación cada vez más extremos; aunque de manera paradójica en la agricultura campesina, las reformas están creando las bases para el surgimiento de un *campesino-empresarial* con recursos suficientes –capital y trabajo– para enfrentar los retos de la modernidad neoliberal. En cambio, este mismo contexto provoca la eliminación del campesino pobre y el surgimiento de un productor cada vez más marginal, definido como *semiproletariado*, una persona con escasa tierra y poco productiva, sin capital suficiente y buscando siempre complementar sus ingresos incorporándose a otras actividades económicas. Este capítulo es crucial en su planteamiento sobre la formación de la clase. Consecuente con su argumento general, Otero recurre a la noción estructural de semiproletariado que recuerda el concepto que Alain De Janvry (1981) creó, siguiendo un esquema leninista, para

explicar la transición de la economía campesina a la capitalista.

En lo que se podría considerar la segunda parte del trabajo, el autor presenta cuatro capítulos que ofrecen igual número de experiencias de la formación de la clase. Los casos son La Laguna, Atencingo, El Valle del Yaqui y la rebelión neozapatista en Chiapas, este último agregado especialmente a la versión en español del libro. En su conjunto, los casos dan contorno a un mapa de las relaciones entre la clase, la cultura y el poder en diversos contextos regionales.

En el capítulo cinco, Otero analiza la historia de la fundación de los ejidos colectivos de La Laguna, en Coahuila y Durango, en la época del presidente Lázaro Cárdenas. Presenta un proletariado que con la naciente sociedad posrevolucionaria demanda mejorar su salario y a cambio recibe tierras ejidales. En efecto, como parte del plan global cardenista de favorecer de manera simultánea el desarrollo capitalista y lograr equilibrios sociales, los trabajadores de La Laguna se vieron beneficiados con una reforma agraria que conformó numerosos ejidos colectivos. Tales formas de organización fueron experiencias autogestionarias y productivas bastante exitosas. Con el fin del cardenismo y con la llegada de la posguerra, las instituciones del Estado, principalmente el Banco Ejidal, combatieron esta organización campesina hasta llegar a su disolución o total control. Al mismo tiempo desgastaron los liderazgos democráticos y se apoyaron en líderes corruptos que favorecieron la cooptación clientelar. Sin embargo, dentro de las políticas estatistas de Echeverría surgió un movimiento de semiproletarios que luchó por la obtención de tierra, logrando que el Estado formara otra vez ejidos colectivos y los trabajadores reanudaran sus experiencias autogestionarias y democráticas.

En el caso de Atencingo, Puebla, abordado en el capítulo seis, se analiza una organización ejidal colectiva, similar a las que existían en La Laguna, pero que emergió dentro de una diferente correlación de fuerzas. En este caso, luego de enormes presiones de campesinos zapatistas de la región por expropiar un enorme complejo agroindustrial que había sido creado por el empresario estadounidense William O. Jenkins, Cárdenas decide crear un ejido colectivo. Sin embargo, tal determinación se hizo para proteger la producción de azúcar de ese industrial al obligar a los nuevos ejidatarios, antiguos trabajadores suyos, a seguir sembrando caña. Pronto, un movimiento y un liderazgo democráticos surgieron para luchar por desbaratar el ejido, con el deseo de formar ejidos individuales con reconocimiento jurídico propio. Las expectativas de los campesinos tardaron en cumplirse y el movimiento se desgastó por las acciones represivas del gobierno y las disputas internas que entabla-

ron entre sí los ejidatarios. Finalmente, en la época de Luis Echeverría, en contraste con lo que sucedía en otras partes del país, el ejido colectivo fue desmantelado. En el actual contexto neoliberal, afirma el autor, ciertas condiciones se han generado para el fortalecimiento de un campesino-empresarial en la zona.

En el capítulo siete el autor coloca en perspectiva histórica la emergencia en el Valle del Yaqui, Sonora, de un movimiento de trabajadores durante los años setenta que desearon trascender su condición proletaria y emprendieron demandas poscapitalistas para lograr el control de la tierra y el trabajo. Como punto de partida, Otero ofrece una narración donde se aprecian procesos de aculturación y proletarización en los que se vieron inmersos los pueblos yaqui y mayo. Al final, aborda con detalle el surgimiento de una coalición de ejidos que nació por las presiones que los trabajadores de la región impusieron al Estado para que redistribuyera tierras.



La presentación de casos concluye con la rebelión de campesinos-indígenas en Chiapas. Otero observa a este movimiento como paradigma de las luchas actuales en México para alcanzar la democracia y fortalecer la sociedad civil. En buena medida, con el caso de esta rebelión, se explican los términos en que surge un “poder cultural desde abajo” y se prueba la total articulación entre demandas materiales y políticas en movimientos de esta índole. En este sentido, la lucha por la autonomía y el reconocimiento pleno de derechos representan para los indígenas una lucha por su identidad cultural. El autor se detiene también a analizar con detalle el carácter democrático y colectivo del liderazgo del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), básico para lograr la independencia con respecto al Estado y otras organizaciones políticas. Por último, el autor ubica la rebelión indígena de Chiapas dentro del debate actual sobre ciudadanía y multiculturalismo, con el objetivo particular de oponer las propuestas del EZLN a visiones liberales que desean un Estado multicultural impuesto

como una política “desde arriba” sin reconocer las demandas por tierra y territorio, condición básica para la reproducción material y cultural de los pueblos indios.

Las conclusiones ofrecen una recapitulación de los principales hallazgos del libro y reitera aspectos del argumento central, haciendo hincapié en trascender los análisis económicos de la clase. Además, Otero coloca su obra en relación con otros estudios sobre el México rural, en particular en torno a las discusiones sobre desarrollo y políticas de descentralización, formas novedosas de organización social y autonomía en el contexto neoliberal.

En este libro vemos rebasado el debate de la cuestión agraria, pero sin desplazar a la clase y a la lucha de clases como elementos centrales del análisis de los actores rurales y su inserción en la lógica capitalista. Colocar a la cultura en el centro de su enfoque constituye una importante aportación. Desde su perspectiva, la cultura orienta las acciones políticas y define demandas que están enraizadas en las experiencias sociales. No obstante, resulta un tanto extraño que no re-

lacione rituales, imágenes y símbolos locales con la cultura política de los actores; con ello, tradiciones y valores podrían también haberse observado dialécticamente con la formación de las clases.

De cualquier manera, Otero logra un modelo de investigación en el que las acciones de las personas son clave para entender cómo de manera cotidiana se está reconfigurando su mundo social. En verdad, esto sirve de mucho para trascender nociones acerca de los campesinos como víctimas, pues aunque ciertamente ellos mantienen relaciones en posición de desventaja con el capitalismo y las élites, siempre buscan cumplir sus propósitos políticos.

Bibliografía

- DE JANVRY, ALAIN
1981 *The Agrarian Question and Reformism in Latin America*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- HEWITT DE ALCÁNTARA, CYNTHIA
1988 *Imágenes del campo: la interpretación antropológica del México rural*, El Colegio de México, México [1984].